

Piri-bajá, el intrépido consejero del ataque repentino de Ismael en el último consejo de guerra, fué nombrado gran visir en lugar de Mustafá. Pero ántes de licenciar el ejército en Erzerum, Piri-bajá, ya en desgracia, habia dejado el puesto á Sinan-bajá, el favorito mas preferido de Selim entre todos los visires. Sinan recibió la mision de conducir la caballería por el camino de Angora á Constantinopla. Selim, que abandonaba con pena la idea de volver á Persia en la primavera, pasó todo el invierno con la infantería y los genízaros en Amasia. Otras sediciones de esta milicia provocaron otra vez su cólera. Él los castigó como en Erivan, no descargando sobre los culpables, sino sobre los inocentes que no habian sabido evitarlas. Allí recibió cuatro mirzas persas, embajadores de Ismael. Estos enviados, cargados con ricos presentes, venian á reclamarle en nombre de su señor á la sultana favorita de Ismael, sorprendida por el vencedor en su tienda y conducida por él á Amasia. El amor que tenia Ismael-schah á esta cautiva le hacia ofrecer tesoros y provincias por su rescate. Selim no vió en ella mas que un instrumento para un cruel ultrage : la casó con Tadjizade-Tchelebi, uno de los secretarios de su divan, y violando el derecho de las gentes en los embajadores del schah, los puso en un calabozo, y los dejó morir en él léjos de

su patria. Antes de volver á Constantinopla, tomó por asalto lo fortaleza de Turnataghi, situada sobre una roca casi inaccesible á orillas del Eufrates, donde el emir turcomano Alaeddaulet habia escondido sus tesoros, sus mujeres y sus sobrinos. Feroz en la victoria como en el asalto, mandó cortar la cabeza á todos los varones de la casa del príncipe de Sulkadr, pariente de este emir. El tio se vió obligado á presentarle en un canastillo las cabezas sangrientas de sus cuatro sobrinos. Selim las envió al sultan de Egipto, que se habia declarado patron de estos príncipes, y que habia solicitado la indulgencia del sultan en su favor. Este tributo era presagio de la guerra que meditaba contra los extranjeros tiranos del Nilo. Para prepararla regresó á Constantinopla.

XXII

Lleno aun del resentimiento que le habian causado los desórdenes de los genízaros durante la campaña de Persia y su residencia en Amasia, Selim los convocó y les pidió que denunciasen ellos mismos á los instigadores ocultos de aquellas sediciones, que

deshonraban al ejército. Sea por libertarse de la pena que merecían sus crímenes, ó por complacer al sultan que les sugería el delatar á los que quería perder, los soldados nombraron á su propio agá, Iskender-bajá, á su segban baschi Othman, y al juez mayor del ejército ó cadi Asker, el virtuoso Djafar-Tchelebi. Sin esperar otras pruebas, Selim hizo extrangular en su presencia á los dos gefes de los genizaros y arrojar sus cadáveres insepultos á los perros y los cuervos.

Protegia al juez mayor de este suplicio el carácter sagrado de que se hallaba revestido. Un *fetwa* ó sentencia jurídica era necesaria para justificar la ejecución de la pena de muerte de un juez mayor del ejército, igual entónces al muftí. Selim lo mandó comparecer ante él para armarse pérfidamente de un *fetwa* pronunciado por su propia boca, y sin saberlo, contra sí mismo. Estos *fetwas* en Turquía son anónimos, á fin de que el nombre del culpable no influya sobre el juez ó el muftí, consultado por el sultan. « ¿ Qué castigo merece, preguntó Selim á Djafar, el que provoca á la sedicion y al crimen á los soldados del islamismo? — La muerte, respondió Djafar, si el crimen está probado. — Sin sospecharlo, pues, acabas de pronunciar tu propia sentencia, replicó el sultan. » Djafar, inocente é in-

dignado, se abandonó á las mas sangrientas quejás contra un ingrato que tendía así el lazo mortal á uno de sus mas fieles servidores. — « Tú morirás jóven y « execrado por la sangre pura que has vertido, dijo « al sultan, si no te arrepientes de tus culpas: morirás de remordimiento como el khalifa Harun-el-Raschid, verdugo de Djafar el Barmecida, el mas leal « y el mas justo de sus ministros. » La elocuencia, la poesía y la virtud de Djafar dieron en vano á sus últimos suspiros el acento de un juicio de Dios contra su asesino. El cordon ahogó la voz de la víctima de Selim.

Apénas se hallaba consumado este crimen, cuando el sultan creyó sentir sobre él la venganza del cielo. Un incendio ocasionado por el descontento de las tropas devoró la tercera parte de Constantinopla. El sultan, que habia acudido con el gran visir para cortar el fuego, llevado por el viento hasta los muros y los árboles del serrallo, gritaba, contemplando la indomable hoguera, extendida por el huracan: « ¡ Este « es el sople ardiente de Djafar! ¡ Conozco que vá á « consumir la ciudad, el serrallo, tal vez á mí mismo! » Con sus gritos imploraba el perdon de su víctima.

XXIII

Despues de querer remediar en vano con el terror las insubordinaciones de los genízaros, Selim I apeló á una organizacion mas gerárquica y ménos independiente de esta milicia. Los genízaros, divididos hasta entónces en tres cuerpos de origen diverso, como lo hemos referido en las diversas formaciones de estos pretorianos, se componian de sesenta y dos escuadrones de genízaros propiamente dichos, de treinta y tres *odas* ó cuadras de *guardas de caza*, y de cien compañías de *yayas* ó infantes. Puso todos estos cuerpos bajo el mando absoluto de un solo *aga*, ó general nombrado por el sultan mismo, y no designado ya por antigüedad. A las órdenes de este *aga*, un *aga* subalterno, cuatro generales, y un comisario imperial, ojo del sultan en la administracion superior de estas cohortes, fueron investidos con el mando general y particular de todos los genízaros. Esta organizacion concentraba en su mano la disciplina y los ascensos. El *aga* de los genízaros no estaba obligado á ponerse á la cabeza de su cuerpo, sino en las

campañas á que asistia el sultan en persona. El segundo *aga* resumia, durante estas ausencias, el mando de todas las tropas que guarnecian la capital.

XXIV

Antes de partir para el Egipto, cuya conquista codiciaba cada vez mas, Selim I quiso contrarrestar con una marina imponente en los dos mares las escuadras de Rodas, Génova y Venecia, que humillaban todavía su pabellon por su superioridad. Se acordó de Piri-bajá, desgraciado por su insuficiencia en los consejos, pero estimado por su energía en la ejecucion. Un dia lo mandó venir al serrallo : « No
« he dormido en toda la noche, dijo, vuélveme el
« sueño. Miétras esos *escorpiones*, los genoveses, los
« venecianos, los cristianos de Rodas, los napolita-
« nos, los sicilianos, los españoles, surquen impune-
« mente el mar con sus naves, no reino en Asia ni
« en Europa, ceñidas por este mar. Estoy como un
« preso en un imperio, del que poseen ellos las puer-
« tas y los caminos. Necesito una marina proporcio-
« nada á la grandeza de mis posesiones. ¿Quieres tú

« dármele? ¿qué medio me propones? — Cuando
 « convoqueis el divan de vuestros visires, le respon-
 « dió Piri-bajá, llamadme, reprended mi negligencia
 « en crear un arsenal digno de vuestro poder;
 « mandadme imperiosamente y con amenazas que
 « os equiepe quinientos buques de guerra, y que esta
 « orden resuene en los oídos mismos de los emba-
 « jadores extranjeros. Ellos se lo participarán á sus
 « córtés, sus príncipes temblarán, y se apresurarán
 « á renovar con vos las treguas que os han de apro-
 « vechar tanto para realizar vuestro proyecto res-
 « pecto del Egipto. »

Selim hizo al día siguiente lo convenido con Piri-bajá. Dirigióse al salir del divan con todos sus visires al puerto del *Cuern de Oro*, debajo de Galata, á una ensenada en donde el agua profunda y la costa circular permitían construir un puerto militar y un arsenal para el armamento de los buques. Un cementerio sombreado de cipreses y lleno de sepulcros ocupaba entónces este espacio y parecía prohibir con su santidad todo uso profano. La impaciencia de Selim no se paró ante las cenizas de los muertos. Despues de haber dibujado el plano del arsenal en el suelo, mandó abrir en su presencia sobre la colina que dominaba la bahía un foso inmenso, al que dió el nombre de *sepulcro de los sepulcros*. Transportáronse allí

respetuosamente los sepulcros de los otomanos, y se erigieron los mausóleos para el culto fúnebre de las familias. El arsenal, construido activamente por Piri-bajá, y poblado de hábiles obreros griegos, dió pronto un establecimiento naval, semejante al arsenal de Venecia. Las treguas continentales y marítimas fueron renovadas á porfia por todas las potencias cristianas con un Estado, que creaba una armada igual á su ejército de tierra. El puerto de Constantinopla recordó con su actividad y el número de los trabajadores y marineros, traídos de las islas del archipiélago, al puerto de Bizancio.

XXV

Durante estas obras, Selim I fué á visitar á Andrinópolis para activar con su presencia el alistamiento del ejército de Egipto. Sinan-bajá, su gran visir, le parecía demasiado lento para facilitar la empresa de sus conquistas. Pensó en reemplazarlo con Ahmed-bajá, que habia sido cinco veces gran visir. Selim participó á Ahmed su próxima elevacion. El anciano, agoviado por los años y las enfermedades,

alegó su imposibilidad. Para evitar con mas seguridad el nombramiento que temia, comunicó en secreto á Sinan-bajá el pensamiento de su señor. Sinan dejó entrever que tenia noticia de su próxima destitucion. El sultan creyó que este ministro habia aconsejado á Ahmed que se excusara con supuestas dolencias para conservar él su puesto. La cólera, tan pronta siempre para herir como para sospechar, estalló en el divan contra el gran visir. Desenvainó el sable para cortar la cabeza á Sinan. El eunuco evitó el golpe, huyó del palacio, montó en el caballo que tenia preparado, y huyó á las montañas del Hemus, haciendo perder sus huellas á los *chiaux* que lo perseguían.

Cuando Selim vió calmada su cólera y disipadas sus prevenciones, buscó en vano al rededor suyo á un ministro capaz de reemplazar á un visir tan hábil. Mandó publicar en Andrinópolis y en los pueblecillos inmediatos al Hemus, que el sultan habia reconocido la inocencia del gran visir y que lo volvia á su gracia. Informado Sinan por sus amigos de este arrepentimiento de su señor, se fió en él y regresó á Andrinópolis. Selim le repuso en sus funciones y le dispensó otra vez su amistad, maldiciendo el enojo que habia estado á punto de privarlo del mas fiel y experto de los visires.

XXVI

Sinan preludió la guerra de Siria y de Egipto con la conquista de Diarbekir, capital de la provincia de este nombre, en las fronteras indefinidas de la Persia, ocupadas por los kurdos, pueblos tan pronto aliados como independientes de los persas. Esta expedicion y las conferencias preliminares con los kurdos las encomendó al literato persa Idris, ilustre por sus talentos de escritor y de negociador. Idris escribió mas tarde la historia de los otomanos hasta Selim. Los turcos le debieron parte de su nombradía, extendida por él en la lengua persa. La ciudad de Diarbekir es la antigua Amid de los persas, en los manantiales montañosos del Tigris, al que la rapidez de su curso ha dado este nombre, que significa *flecha*. Bajo sus muros, segun la historia de Persia, combatió Sapor por la vez primera con la cabeza cubierta con un casco de oro, en forma de cabeza de toro. Timur la habia conquistado y cedido á los príncipes *turcomanos* de la dinastía del *Carnero Blanco*. Los kurdos llamaron á Idris y se la entregaron á él para

los otomanos. La ciudad, cercada de murallas y de torres de granito negro, proyecta como Jerusalem su sombra sobre un valle siniestro, poblado de sepulcros. Algunos jardines bañados por derivaciones del Tigris circundan la ciudad de higueras, albérchigos, y perales que recuerdan los vergeles de Damasco. La historia de Timur por Ahmed-Ben-Arabschah describe con lenguaje oriental su ciudadela, pintándola como inaccesible. « Este fuerte es el ave Anka, « cuyo nido está tan alto que el cazador no puede al- « canzarlo; es un príncipe á quien nadie se atreve á « pedir la mano de su hija, mucho tiempo hace nu- « bil, y sin embargo siempre vírgen; porquealzada « sobre la cima de la montaña, no presenta á la vista « mas que torres sobre torres. No hay ninguna dife- « rencia entre su bóveda y la bóveda celeste, á no ser « la de que esta se mueve incesantemente, miéntras « que la suya permanece siempre fija é inalterable. « Detrás de este fuerte, hay un valle tan extenso co- « mo el alma de los justos; desde este vallé se ven « jardines que riegan límpidos manantiales y que « entrecortan bosques abundantes en caza y frescos « pastos. Por otro lado se ven rocas cortadas á pico « que los mas intrépidos no se atreven á escalar, y « cuyas formas ofrecen el aspecto de un alfabeto de « piedra, imposible de deletrear. El camino sube de

« fuerte en fuerte, de puerta en puerta. La ciudad « que guarnece al castillo, recibe víveres y agua, y « resiste á todo influjo bueno ó malo, porque el cielo « le ofrece su alimento. »

La próxima ciudad de Mardin y toda la provincia del Kurdistan se sometieron despues de diversas peripecias á las armas y á la política de Idris. El castillo del *Olvido*, llamado de esta manera por sus horribles calabozos, abiertos en la roca, en donde se olvidaban eternamente los prisioneros de los reyes de Persia; las ciudades de Nizibe y de Dara, situadas cerca de las orillas del Tigris, en el punto en que entra en la Mesopotamia del Norte, siguieron la suerte de Diarbekir. Nizibe, célebre en otro tiempo, no se distinguia mas que por sus ruinas; Dara, fortificada con murallas de sesenta piés de elevacion y diez de espesor, destacaba sobre el horizonte sus sesenta torres. Mossul, separada únicamente por el Tigris de la antigua Ninive, que Nuredino habia embellecido con mezquitas y palacios, empleando en estas obras á los artistas de Bagdad, y que ha dado con su industria femenina su nombre á la muselina, tejido aereo destinado para turbantes, fué al mismo tiempo arrancada á los persas y unida al imperio otomano por Idris. La antigua Edesa, ciudad cercada como una isla por los brazos del Tigris, poseida sucesivamente por Ale-

jandro el Grande, por los persas, por los árabes, por los cruzados, por los kurdos, pasó del poder de Ismael-Schah al de Selim. Todo el territorio que se extendía entre el Eufrates y el Orontes se convirtió en provincia otomana. Idris entregó á los jefes de las diferentes tribus, mosáicos de razas, el estandarte, el tambor y las colas de caballo, signo de la soberanía de estos nuevos feudatarios. El imperio otomano debe á su política mas que á sus armas estas provincias, en que habia nacido, cuya lengua y costumbres conocia, y que sedujo mas bien que unció al yugo de los turcos. Idris era uno de esos negociadores que valen mas que un ejército. Selim, que apreciaba su talento, lo destinaba á pacificar y á organizar el Egipto despues de la conquista. La muerte arrebató á Idris prematuramente; su nombre, sus escritos y sus conquistas pacíficas han inmortalizado los servicios que prestó á los otomanos.

LIBRO DÉCIMOCTAVO

I

Apénas hubo la primavera del año de 1516 derretido las nieves del monte Taurus, barrera semejante á los Alpes entre la Turquía y la Siria, Selim I mandó marchar á su gran visir Sinan-bajá con una vanguardia de cuarenta mil hombres sobre Cesaréa en Capadocia. Sinan debia pasar de allí al Eufrates por las puertas de hierro, que abren la Siria entre dos rocas del Taurus, divididas por un terremoto.

El sultan ocultaba todavía su pensamiento de invadir la Siria y el Egipto con una marcha oblicua de